Recibido: 25/01/2025
Aprobado: 16/06/2025

Elogio de los "doctos ignorantes": en favor de los animales

The Praise of the "Ignorant Learners": in favor of animals

Autor

Alberto Echeverri. Grupo de investigación *Sagrado y Profano*, adscrito a la Universidad Industrial de Santander (Colombia) y al Instituto Colombiano de Estudios de la Religión (ICER). Via Silvio Pellico 2A / 22069 Rovellasca (Co) / Italia. ✉ escarabajo4747@gmail.com

Resumen

El texto busca dar relieve a los resultados del respeto y aprecio, que viene de tiempos inmemoriales, entre las criaturas animales y las humanas, así como de los desequilibrios causados por una posición ideológica de sello antropocéntrico frente a las primeras, condición que ha afectado también a la reflexión teológica. Por eso pone el acento en las contribuciones que sobre la interrelación de los animales y los humanos han generado diversas expresiones culturales en Occidente, en varios momentos de la historia general, de las artes, y particularmente dentro de la tradición bíblica hebrea y cristiana. Desde los criterios propios de la hermenéutica, encuesta autores especializados en el asunto, hace hincapié en la simbología de variadas páginas que pertenecen a la primera y la segunda alianza bíblicas, y tiene en cuenta acontecimientos de la vida cotidiana que tocan al tema, reportados por los medios de comunicación y la experiencia personal. Con base en las semejanzas de animales y hombres, en la necesidad de comunicarse unos y otros y, como consecuencia, en la estima que el mundo actual está llamado a dispensar a la animalidad como parte de la imprescindible recuperación del equilibrio ecológico, propone al lector, y en especial a los teólogos, una nueva mirada ética acerca de la serena interrelación animales y hombres, en procura de un saber todavía en evolución, con un símbolo que quizá resulta elocuente: el asno.

Palabras clave: aprecio, animal, antropocentrismo, biblia, criatura, cultura, ética, humano, ideología, irracional y racional.

CC BY NC

Abstract

The text seeks to highlight the results of respect and appreciation, which comes from immemorial times, between animal and human creatures, as well as the imbalances caused by the ideological position of the anthropocentric seal compared to the former, a condition that has also affected the ideological reflection. That is why it places emphasis on the contributions of animals and humans have generated various cultural expressions in the West, at various moments in general history, of the arts, particularly within the biblical, Hebrew and Christian tradition. From the criteria of hermeneutics, it surveys authors specialized in the matter, emphasizes the symbolism of various pages that belong to the first and second biblical alliances, and takes into account daily life events that touch of the topic, reported by the media and personal experience. Based on the similarities of animals and men, on the need to communicate with each other, and, as a consequence, on the esteem that the current world is called to give to animals as part of the essential recovery of ecological balance, it proposes to reader, and specially the theologians, a new ethical look at the serene interrelation of animals and men, in search of a knowledge that is still evolving, with a symbol that is perhaps eloquent: the donkey.

Keywords: *affection, animal, anthropocentrism, bible, creature, culture, ethics, human, ideology, irrational and rational.*

"EL SUEÑO DE LA RAZÓN ENGENDRA MONSTRUOS" (FRANCISCO GOYA)

Fue un medieval quien habló de la docta ignorancia a propósito de las preguntas sobre la experiencia religiosa. Era el tiempo de los grandes sistemas, liderado por la amalgama de filosofía y teología, que con el correr de los siglos llegarían al culmen para empezar su lenta pero inexorable desaparición cuando irrumpieron en Occidente los subproductos de la Ilustración, el fascismo, el nazismo y el socialismo. Serían remplazados por un capitalismo generador de tan diversas caras que el nuevo mundo no lograría volver a hablar de un sistema en sentido estricto.

Creo que por eso resulte lícito parafrasear a Nicolás de Cusa para poner en cuestión la omnipresente razón humana de la que Francisco Goya afirmó algún día que "engendra monstruos"; sabía el pintor español, y lo sabemos, que lo atestigua con creces la violencia hoy difusa en todos los ámbitos de la vida. De ahí que abramos el discurso, desde una perspectiva hermenéutica, sobre ciertos ignorantes doctos (lo son en alguna forma), casi que desconocidos, a los que esa misma razón llama brutos animales, cuando significa con tal nombre los millones de seres que el antropocentrismo de los siglos XVIII, XIX y XX ha insistido en diferenciar, con nitidez, del ser humano racional.

Tres largos siglos antrópicos bien podrían ser sustituidos por otro decididamente inclusivo. So pena de destruir el ámbito que compartimos con ellos si decidimos ignorarlos porque "el libro de la naturaleza es uno e indivisible" (Benedicto XVI, 2009: n.51; Francisco, 2015: n.6), pues la materia permea inexorablemente el espíritu que defendemos con ahínco. Que logre ponerse en diálogo -porque quienes han convivido en el mundo de las bestias saben que entre ellos existe un propio lenguaje- en orden a la construcción de un mundo más humano. Como lo entendía Oberón, hermano de los animales, cuarto don de las hadas en la cultura celta y pariente del rey de los hombres (De Angelis, 2016: 293-294).

Remontándose a la historia general de la cultura occidental, estas páginas examinan desde la hermenéutica variadas tradiciones en torno a la relación entre los hombres y los animales. Dado el interés del autor por el discurso de la teología, que no se identifica forzosamente con la de una específica confesión de fe, se ocupan en detalle de los datos bíblicos sobre la interrelación señalada y se detiene en algunos aspectos de la manera como la ha gestionado la tradición cristiana, con especial atención al ámbito de las artes y a la simbología que ellas manejan. Por fin, proponen una nueva mirada ética sobre la animalidad propia de las bestias y del ser humano, simbolizada en el asno, con base en la necesidad ineludible de la comunicación entre ambas especies para la mutua sobrevivencia.

1. Los animales en general

En todas las viejas tradiciones culturales juegan los animales un papel de importancia. Hacen presencia aun en ese curioso ámbito del esoterismo: en el horóscopo chino, caracterizado por doce criaturas distintas, y en el occidental, donde los astros que rigen la vida de los seres humanos toman nombres de animales. Existían en los griegos y en los antiguos romanos. Si en Grecia y en Roma había innumerables mitos (para el nacimiento de los dioses, el origen de las estrellas, el robo del fuego, la muerte), estaban incluidos los de las bestias (Spence, 1997: 159-172). No las olvidaban las cosmogonías, tanto la olímpica como la pelásgica (Garibay, 2000: 78-79).

Tampoco los antepasados europeos y asiáticos tuvieron dificultad en admitir en su mitología seres que compartían la forma humana con la de los animales: había faunos, ninfas, sirenas, centauros, amazonas, cíclopes, dáctilos. Contaban la historia de Ícaro, de Pegaso, del Minotauro, de Cerbero, de Leda, de Atenea, de Medea, de Ceto y Forcis, de Medusa (Ibíd.,

31.73.75. 106.135.144.151.164.176.199.218; Gáfaro Reyes, 2002: 57.89). Al héroe por excelencia, Hércules, confiaron la lucha con seres monstruosos que poseían semblanza humana y animal: tales el león de Nemea, la hidra de Lerna, los establos de Augías, el toro de Creta, las yeguas de Diomedes (Gáfaro Reyes, 2002: 165ss). La diosa madre, la gran Diana, "era señora de los animales, feroces o mansos" y aparecía siempre acompañada por sabuesos y por un ciervo que "era para ella entre todos el más sagrado" (De Angelis, 2016: 382-383). Pero correspondía a la diosa Circe, análoga a Diana, el señorío sobre los animales; por eso disponía del poder de la metamorfosis para trasformar un ser humano en pájaro o en cerdo (Ibid.,490-491). Por añadidura, el expediente animal podía ser esgrimido como arma delictuosa: Zeus/Júpiter asume las facciones del cisne para tener acceso a la reina Leda, esposa de Tindáreo, rey de Esparta, y la sanadora Medea asume facciones de serpiente para matar a sus hijos (Ibíd., 412-414), transformándose en una especie de leonesa, un gato de enormes garras.

Fue sin duda alguna la cacería un factor que empezó por reducir la conciencia de la animalidad que compartíamos con las bestias. No la cacería impuesta a la especie humana por los nómadas que han vivido gracias a ella, ni la de las fieras hambrientas que amenazaban la existencia del hombre. Me refiero a la del niño que, en competencia con otros de edades semejantes, aprende a maltratar los animales matando pequeños pájaros o incinerando las hormigas en sus cuevas por el mero gusto de verlas tostarse. Y a la de los potentes de todos los tiempos para quienes resulta solo un deporte: aun el de extracción popular muestra su poder lanzando al ruedo un par de animales enfurecidos que se enfrentan a muerte mientras los espectadores aguardan el final entre risas, vivas y protestas, alimentadas a su vez por el dinero de las apuestas. El animal pasó de amigo del hombre, cuando es tratado como miembro de su familia, a esclavo suyo, usado para satisfacer las necesidades humanas, del que resulta lícito abusar sin responsabilidad alguna hacia él (Horstmann, 2022: 30-42). De anotar que la Diana cazadora de las antiguas mitologías había cedido ya su puesto a las mujeres que tan solo decoraban las partidas de cacería con su presencia. Hoy por hoy frecuentan la caza grupos de amigos o asociaciones, con preferencia por animales que ornamenten las propias habitaciones o contribuyan a deleitar paladares exclusivamente carnívoros.

Si bien no ha sido el único factor, hubo sobre todo un tiempo deplorable en el que perdimos el rumbo. Durante los primeros mil años de la naciente cultura occidental, los

animales lograron, de alguna manera, sobrevivir a las agresiones de los bárbaros y continuar las tradiciones ya heredadas. A mi parecer, fue sobre todo la persecución de las brujas durante cinco largos siglos (XIV a XVIII), en los continentes de presencia cristiana e islámica, los cinco, la que arruinó la convivencia de animales y seres humanos. El terror implantado por los juicios y las crueles sentencias a las supuestas hechiceras, endemoniadas que no eran nada distinto a simples pero sapientes curanderas en ambientes casi paupérrimos, en ocasiones simples enfermas psiquiátricas, consiguió que se perdieran muchos de los antiquísimos saberes, heredados de sus madres y abuelas por las mujeres, acerca de las virtudes curativas de las plantas. Y después de estas, los animales, con los que también podían sanarse enfermedades, poco a poco transmutados en símbolos de la presencia de Satanás. A pesar de que la precedencia de las plantas sobre los animales era reportada en el primer relato bíblico de la creación de aquellas el tercer día, y la de estos solo entre el quinto y el sexto (Gn 1,11-13.20-25) y, en el segundo relato, los vegetales surgían también antes de los animales (Gn 2, 9.19-20).

Quizás el rasgo más curioso que emerge de los datos conservados en las actas de los innumerables procesos sea el hecho de que mujeres (y hombres, aunque en menos ocasiones) declaraban costumbres, creencias y experiencias vividas muy similares en todas las latitudes, aunque nunca habían conocido a las homónimas extranjeras y solo habían viajado por los aires mucho antes de que Miguel Ángel inventara sus diseños aeronáuticos. No pocos católicos y protestantes -entre estos, sobre todo anglicanos, calvinistas y luteranos- pretendieron con esa interminable campaña contrarrestar las acciones del autor de todos los males, el Diablo que, según ellos, amenazaba la verdadera fe en el poder del Dios único.

La deglución chamánica ritual del cuerpo del difunto para fines adivinatorios al apropiarse de su energía, y los pájaros devoradores de cadáveres que eran tenidos como aves sapientes y adivinatorias fueron remplazados por la escoba de la bruja que se asemejaba a un cuervo o un gallinazo en vuelo -seres de muerte- y ella misma trasformada en pájaro para chupar la sangre de los niños sacrificados por mano suya, cuando no extraídos de las tumbas. La misma liebre, el gato, el ratón, la serpiente, la abeja, el cuervo, la corneja podían ser brujos. En especial el carnero, sagrado para la diosa Diana, devino diabólico porque sus cuernos lo identificaban como gran maestro de la danza macabra (De Angelis, 2016: 389.495-500). Abrigo además la sensación de que, mientras el medioevo mancomunó animales y

ángeles en la pintura y la escultura, el renacimiento prefirió acabar con los primeros y dar relieve a los ángeles aun en la forma de los famosos *putti*, los angelitos juguetones con los que el barroco sucesivo no dudaría en ilustrar las escenas religiosas tan de su gusto. Pequeñas criaturas diseñadas con rasgos humanos, asexuadas en muchas regiones desde los siglos XVII y XVIII.

Si el arte gótico admitió, sin crearse problemas, la presencia de los animales en los diseños de los edificios religiosos, aun de los fantásticos, en mi opinión el arte renacentista fue reduciendo la figuración de las bestias a meros símbolos de poder o a la categoría de simple adorno a los pies de algún personaje famoso vivo, o acunado en sus manos, y a veces en el sarcófago de mármol donde el notable había sido sepultado. Los que la actual lengua inglesa llamaría *pets* (mascotas) son más bien de origen iluminista, de esa época en que el hombre, declinado en femenino o en masculino, ocupó para siempre el centro de la escena. Las dos grandes conflagraciones del siglo XX acabaron con muchísimos animales en los continentes que las sufrieron, si bien las estadísticas de la época no solían tener en cuenta el hecho, horrorizadas ante la desproporción de seres humanos muertos. Y en nuestro tiempo el anuncio de la Nueva Era de mejores perspectivas para la humanidad ignorará a las bestias; tan solo retomará los símbolos zodiacales que las utilizaban, en servicio y honor del centro del universo, el hombre (Franck, 1994: 49-51.168-171.192-193.253-254).

Ya el cuerpo humano, "vaciado de su riqueza espiritual", se había tornado "despreciable materia" desde que "el Iluminismo recibió de los cristianos las cenizas" de sus persecuciones contra brujos y hechiceros, con predilección por las mujeres. Como al mismo tiempo la naturaleza se trasformaba en "un aglomerado de átomos y células, […] la simple caminata por los bosques y praderas se convirtió en un mero cálculo de las calorías invertidas". Todo lo demás no era otra cosa que superstición (De Angelis, 2016: 407).

De la belleza propia de los animales, la física, "el arte griego fijó los criterios de apreciación: proporción, simetría, ritmo interno, armonía del conjunto" (Cassingena-Trévedy & Cheng, 2021: 37). De su fidelidad, como suele llamarse a su solidaridad con el hombre que los asiste o acompaña, hay historias sin fin: sobre perros, gatos, osos, ardillas, conejos, gallinas, caballos, serpientes, jabalíes, delfines, cocodrilos, monos, pájaros y mariposas de muchas especies, águilas y abundancia de otros seres similares; quizá por eso los mitos nórdicos europeos afirmaban de tiempo atrás la resurrección de los animales (Ibid., 379). El

mundo contemporáneo los ha remplazado con las mascotas que, cuando no son domésticas, han sido domesticadas, a fin de que contribuyan a exacerbar el comercio de alimentos, vestidos y joyas con que sus dueños las decoran. De ahí que el regalo del peluche para los niños de pocos meses y aun para las enamoradas (y los enamorados) haya sustituido en la actualidad el contacto físico con el animal que habita lejos del medio urbano y aun del rural. En cambio, abundan hoy los condenados a una muerte inexorable en los circos, encarcelados para ser exhibidos ante gentes que se entretienen con sus malabares y acrobacias, atribuidos siempre a la domadora o al domador: una vez más, ¡el hombre al centro de la escena!, el único que puede acercárseles porque es su dominador. En versión menos cruel y para que los niños se diviertan, los parques de las ciudades y pueblos han sido provistos de pequeñas bestias (osos, cocodrilos, leones, caballos y otro largo etcétera); solo que de plástico (Naconecy, 2022: 43-54).

Por fin, la lingüística misma que da razón del desprecio por cuadrúpedos y bípedos, un rasgo que de alguna manera los asemeja en sus movimientos a los del hombre. Son "animales", "brutos", "bestias", vale decir poco inteligentes y aun violentos: no en vano, para el ámbito de habla hispánica la palabra implica un insulto para calificar el comportamiento de mujeres y hombres. La simple acepción "animal" tiene igual connotación. En lugar del respeto por las costumbres de los animales y del conocimiento elemental de sus costumbres y necesidades -como seres vivos que son-, el oscurantismo de siglos anteriores sigue conservando el rechazo de la serpiente, del vampiro, de la lechuza, de las aves de rapiña, y de un largo etcétera: muchos miran esas criaturas con el desdén que esconde el miedo de la ignorancia ante ellas. Y es sabido que el fastidio o el asco eventuales delante de algunas especies tiene sus raíces en desafortunadas experiencias con ellas por una simbología de origen psíquico.

Más allá de la escandalosa discriminación actuada sobre los seres humanos, dos hechos resultan demostrativos de la poca estima que los animales han merecido en tiempos recientes. La Europa del siglo XXI aún recuerda las batidas contra los "puercos judíos" así llamados no solo por los nazis, autodefinidos cristianos, sino además por los civiles y militares a quienes dominaban, que también se ufanaban de proclamarse creyentes (Bethencourt, 2017: 95-116.551-594; el texto evangélico (Mt 8, 28-34) trasformará en puercos, hostiles a los hombres, los animales utilizados como castigo divino contra los

egipcios esclavizadores de los hebreos. Por otra parte, se van haciendo cada vez más conscientes de su historia los americanos de los tres subcontinentes que, junto a sus propios invasores -bautizados cristianos tanto estos como aquellos-, trataron como "bestias sucias" a los esclavos negros, y continúan haciéndolo en muchos lugares con los descendientes de estos, los llamados "afroamericanos" (Ibíd., 119-183).

Vale la pena recordar que, con motivo de la onda animalista que ha llegado a verificables excesos, ha surgido una redefinición de las dimensiones éticas de la interrelación de hombres y animales (Bondolfi, 1995). Y junto a ella la necesidad de recordar las diferencias entre el cuerpo humano y el cuerpo animal que insiste en hallar "un equilibrio entre la dignidad propia de la persona humana y el respeto a los seres vivos" (Tejedor, 2023). En este orden de cosas, desde 2000, la *Rivista italiana di antispecismo*, bajo el nombre *Animal studies*, trabaja las implicaciones éticas de las distintas relaciones entre los seres vivos, contra la muy antigua concepción que adjudica un valor distinto a los individuos solo con base en la especie de nacimiento. Añado al etólogo italiano Danilo Mainardi (1933-2017) quien ha contribuido a replantear muchos de los argumentos que solemos manejar frente a los animales; pueden verse *Nella mente degli animali,* 2006-2007*; L´animale irrazionale: l´uomo, la natura e i limiti della ragione,* 2011*; L´uomo e altri animali,* 2015.

A esa línea colaboran recientes investigaciones sobre el mundo animal como las difundidas por dos periodistas, una estadinense y otro canadiense. Sonia Shah (2023: 50-52) sostiene que, si bien por miles de años el lenguaje ha sido considerado prerrogativa de los seres humanos, los últimos estudios sugieren que no somos tan especiales. Y James Bernard MacKinnon (2024: 65.67) no solo vuelve sobre la defensa de las ratas y los ratones, a quienes los estudios de los biólogos han declarado inocentes por no ser los responsables de las pestes en la Europa del segundo milenio, sino que subraya cómo la ciencia ha demostrado que los fastidiosos roedores son capaces de jugar, aun dando "saltos de alegría", y ha permitido detectar en ellos aptitudes para reconocer los sufrimientos de otros ejemplares y tratar de aliviarlos.

Soy de la opinión que, además de las ciencias que con mayor interés se ocupan hoy de los animales, continúan siendo las diversas artes las que colaboran a tomar en serio su existencia y su imprescindible relación con la humanidad. A la pintura de los tiempos rupestres han ido sumándose la pintura, la música, el teatro, la danza, para evidenciar la

belleza propia del animal. La fotografía y los medios masivos contemporáneos de comunicación han contribuido a relevarla aún más: desde el diseño casi perfecto del cuerpo de una araña hasta el de los rasgos del león o de una serpiente.

Todavía en el siglo precedente, figuraba la italiana Anna Maria Ortese (1914-1998) quien incluía entre las "pequeñas personas" a los animales. "Tengo para mí que los animales sean pequeñas personas, hermanos "diversos" del hombre, creaturas […] con una sensibilidad "cerrada", pero con el mismo valor de la sensibilidad y el pensamiento humano, solamente lo expresan fuera del raciocinio o razón por la que somos conocidos y nos incensamos entre nosotros" (2016: 114).

La sorprendente erudición de Jorge Luis Borges puso en escena a un romano helenizado, Claudio Eliano, que escribió *De natura animalium* (Sobre la naturaleza de los animales) *"*para eludir el tedio de la monotonía", y que de fuente griega y sin ninguna romana se interesará tan solo por sus hábitos y las moralidades de las que estos son ejemplo (1975-1988: 594). Años antes, en una de las abundantes obras que dan importancia a los animales, la incisiva imaginación del argentino dedicará un pequeño poema a otro personaje típico del ámbito doméstico, "A un gato": "Has admitido / desde esa eternidad que ya es olvido, / el amor de la mano recelosa. / En otro tiempo estás. Eres el dueño / de un ámbito cerrado como un sueño" (1952-1972: 587).

Por añadidura, no podía faltar un curioso personaje, diagnosticado esquizofrénico en su época, la de finales del siglo XIX e inicios del XX, que dedicó buena parte de la vida a pintar gatos. Se trata de Louis William Wain (1860-1939). Los diseñó tan simpáticos y al mismo tiempo tan vulnerables, en poses y escenas casi humanas, que ha ganado hasta hace pocos años la simpatía de niños y adultos. Will Sharpe ha dirigido para el cine en 2021 *La vida electrizante de Louis Wain*, centrada en su entusiasmo por la electricidad que operaba en todo su entorno. Y en el de los gatos, por tanto: en el umbral de una casa siciliana encontré hace poco un pequeño tapete con el diseño del gato Attìa ("¡Oye tú!", en el dialecto isleño) que acogía al huésped bajo la simpática declaración "Bienvenidos a nuestra casa. Aquí habitan unos humanos conmigo".

Persiste sin embargo todavía un innegable extrañamiento de los seres humanos respecto del hemisferio animal. Un mundo que continúa y continuará existiendo a pesar de ese hecho, que viene planteando de tiempo atrás un interrogante ineludible en la crisis

ecológica contemporánea, como ha tornado a señalarlo, entre otros, un conocido investigador de la bioética (White, 2019).

2. Los animales en la tradición bíblica y del cristianismo en particular

Hay un punto de partida esencial cuando se habla de la visión hebreo-cristiana del hombre. este es persona, vale decir, un ser relacional. Dejo en claro desde ahora que me adhiero a la distinción entre hebreo-cristiano y judeocristiano, locución más corriente esta última en la lengua española; el gentilicio "judío" alude, según Flavio Josefo, a los solos habitantes de Judea para diferenciarlos del resto del pueblo; y entre los esenios, a la par del evangelista Juan, se caracteriza de esa manera a los adversarios, de la secta de Qumrán en el primer caso y de Jesús en el segundo (Elichaj, 2015: 109-112).

El mundo animal tiene una figuración clave en las historias de la Biblia judía, la primera alianza para los cristianos. Según la primera narración, Yahvé Dios crea en los primeros tres días la luz, las aguas, los cielos, los continentes. Pero los únicos seres que merecen dos del total de siete jornadas creadoras son los animales (Gn 1,20-26): el cuarto día corresponde a las especies marinas y a las aves; el quinto a los domésticos, los salvajes y los reptiles. Por fin, la especie humana que "tendrá poder sobre ellos"[1]. En sana ecología, a los seres animados preceden los inanimados que son el ámbito en absoluto necesario para la vida de aquellos (Schroer, 2022: 71-83).

En la segunda narración (Gn 2,18-20), la creación humana antecede a la de los animales, pero estos son llamados a la vida porque Dios ha querido "que el hombre no esté solo", que sean "una ayuda adecuada para él"; por eso le fueron presentados "para que les diera un nombre y ese nombre se les quedó".

Una serpiente, el primer animal nombrado en la Escritura, intervendrá con astucia en el jardín de Edén (Gn 3) para engañar a Eva y Adán, pero Dios mismo tejerá "ropa de pieles de animales para que el hombre y su mujer se vistieran". De sus dos hijos, Abel se dedica "a criar ovejas" y ofrece al Señor "las primeras y mejores crías" (Gn 4,2-4), lo que le cuesta la vida a manos de su hermano Caín.

La existencia de matriarcas y patriarcas corre pareja con la de los animales. Un horno humeante y una antorcha encendida, signo de desgracia el primero y de esperanza la segunda, hacen parte del extraño rito con el que Abraham, a petición de Dios, sella su alianza con él (Gn 15,7-12); tiempo después, acogerá a los tres ángeles que lo visitan haciendo preparar para ellos "un cordero tierno y apetitoso" (Gn 18,7). Cuando el esclavo enviado por Abraham va en busca de mujer para su hijo Isaac, le sale al paso la que debía ser elegida, la pastora Rebeca, quien conduce "el ganado del padre" y se ocupa generosamente de los camellos llevados por el siervo, aunque éste solo le ha pedido de beber (Gn 24,15-20). El mismo Isaac será descrito como uno que -según el texto hebreo- "explotó en riquezas" (1Mello, 2023: 195) pues poseía "rebaños, hatos y esclavos": como sucederá en otros casos, las bestias preceden a los esclavos (Gn 26,14).

Personificando a su hermano Esaú, Jacob logra la bendición de Isaac al engañarlo, respondiendo a su petición de prepararle un plato con lo recién cazado (Gn 27,1ss). Años después, a pesar de las estratagemas usadas contra el suegro Labán, pondrá como testimonio de su fidelidad el bienestar de los rebaños y ganados de este (Gn 31,22-42). Como peregrino (Gn 32ss) llegará a Migdal Eder, la "torre del rebaño", expresión que el profeta Miqueas aplicará siglos adelante a Jerusalén (1Mello, 2023: 220). Cuando Jacob está cercano a la muerte en Egipto, las bendiciones a sus hijos (Gen 49,1-27) que lo asisten comparan a varios de ellos con animales. De los tres rechazados, dos (Simeón y Leví) serán dispersados pues, en tiempos de Josué, "por puro capricho" no solo asesinaron a otros sino que "rompieron las patas a los toros" para que no pudieran moverse. Judá es "como un cachorro de león", "como si fuera un león grande"; Isacar parece "un animal de carga" pues se ha hecho esclavo; "Dan será igual a una víbora"; "Neftalí es como una gacela"; "Benjamín como un lobo feroz"; "José tiene brazos fuertes gracias al pastor de Israel". Los textos se refieren sin embargo a tiempos futuros.

La historia en un comienzo trágica del último patriarca de la primera alianza, José, el hijo predilecto de Israel (Jacob) "porque había nacido cuando este era ya viejo", se ambienta en medio de los rebaños que apacientan sus hermanos. Cuando estos traman su muerte, la atribuyen delante del padre a una supuesta fiera salvaje que lo habría devorado, y le ponen ante los ojos su ropa manchada de sangre, la de un cabrito en que la habían empapado (Gn 37,19.31-33). Más adelante, falsamente acusado y encarcelado, interpretará

los sueños del copero y el panadero del soberano que lo acompañan: unas aves que resultan de mal augurio hacen parte del que ha tenido el panadero, en efecto ahorcado después por mandato real (Gn 40,16-22); y cierto número de vacas, unas gordas y hermosas, otras feas y flacas, soñadas por el Faraón, pronosticarán primero tiempos prósperos y luego ruinosos para Egipto (Gn 41,1-30). Nombrado gobernador por el soberano mandará traer al país a Jacob y sus hijos que llevarán consigo "sus vacas y ovejas y todos sus hijos y nietos" (Gn 46,6-7; 47, 3-4). Ante la escasez reinante en Egipto, José inicialmente decide alimentar a los egipcios con trigo a condición de que le entreguen "sus animales (asnos entre ellos)" (Gn 47,13-17); al ser acosados por el hambre, los pobladores serán recibidos por él en calidad de esclavos (Gn 47,18-21): como en otros casos, es de notar en los dos últimos relatos la precedencia de los animales sobre los seres humanos.

Cuando Dios, harto de la maldad humana, se promete borrar de la tierra junto con el hombre a los animales domésticos, los reptiles y las aves (Gn 6,5-7) sin embargo "mira con buenos ojos a Noé". Le encomienda la construcción de un arca resistente al diluvio enviado por la divinidad para destruir toda la tierra; en ella hará entrar no solo a su familia sino también un macho y una hembra de todos los animales que hay en el mundo, dos de cada clase de los domésticos, de las aves, de los reptiles; y añadirá "toda clase de alimentos para que tú y los animales tengan que comer" (Gn 6, 8.14-22; 7,14-16). Por primera vez aparecerá en los capítulos sucesivos una diferenciación entre animales puros e impuros (Gn 7,2; 8,20). Un cuervo que no volvió, y una paloma que sí lo hizo "con una ramita de olivo en el pico" serán los mensajeros enviados a controlar la situación fuera del arca después de los cuarenta días y noches de lluvia imparable, de la inundación que duró todavía "ciento cincuenta días" y de la destrucción de los animales no incluidos en la nave: "Dios se acordó de Noé y de los animales que estaban con él" (Gn 8,1-12); nótese que los solos nombrados son el patriarca y las bestias, no su familia. Lo encargó entonces de "sacar los animales para que se vayan por toda la tierra y tengan muchas crías y llenen el mundo". (Gn 8,17). Luego de que Noé le ofreciera algunos en holocausto, prometerá "nunca más maldecir la tierra ni destruir los animales como lo hice esta vez" (Gn 8,21), bendecirá al patriarca y sus parientes declarando que "todos los animales del mundo temblarían de miedo delante" de ellos, y les concederá comer animales y verduras excepto la carne con sangre, precepto válido para el hombre y las bestias (9,2-5).

La segunda versión de lo sucedido tras el diluvio (9,8-17) detalla la insistencia de Dios en su alianza con los hombres. Resulta notable tanto su inclusión junto a los animales como el que estos son nombrados hasta ocho veces en los nueve versículos.

La historia bíblica de los inicios se cierra con el conocido relato, simbólico como todos los demás, de la torre de Babel. "En aquel tiempo todo el mundo hablaba el mismo idioma" y por eso los hombres quisieron "construir una ciudad y una torre que llegaran hasta el cielo"; el Señor decidió "bajar a confundir su idioma para que no se entendieran unos con otros" (Gn 11,1-10). El observador atento advertirá que, junto a los seres humanos, no son ya citados los animales que, a diferencia de aquellos, conservarán entonces su propia lengua para comunicarse entre sí y con los hombres, la que tenían al principio cuando Eva y Adán les dieron un nombre.

El segundo libro de la Biblia hebrea -y cristiana- se ocupa de los animales en otra perspectiva. Moscas, ranas, langostas, zancudos harán parte de los "signos y prodigios" (una sola vez los llama "flagelos": Ex 9,14) con que Yahvé se vuelve contra el Egipto opresor de los hebreos (Ex 7-11). Pero el código de santidad, que Moisés por encargo divino dicta al pueblo, tiene cuenta del sufrimiento del buey y del asno, aunque pertenezcan a un enemigo: en su viaje por el desierto, Israel no podrá abandonarlos a sí mismos (Ex 23,4-5).

El decálogo que Dios confía a Moisés para el pueblo que huye de Egipto no prevé sanciones para quienes lo violen. Sucede lo opuesto, y en particular cuando se alude en ellos al comportamiento hacia los animales, con los tres códigos que, según los respectivos autores, en épocas diferentes dicta el mismo Yahvé al reglamentar (2Mello, 2023: 141) la vida de Israel.

Según el código de la Alianza (Ex 21-23), hay una ley detallada para el buey que mata a otro buey. Existen normas detalladas sobre los animales para que se les repare si sus propiedades son perjudicadas (22,1-15). La consagración de los sacerdotes de la tribu de Aarón se hará con la inmolación de "un becerro y dos carneros sin defecto" (Ex 29,1ss).

Para el código deuteronómico (Dt 12-28), a diferencia de otros pueblos Israel debe adorar a su Dios "quemando animales en su honor", "ofreciéndole las primeras crías de sus vacas y ovejas" (Dt 12,6.11) pero "no […] en cualquier lugar sino en el lugar que El escoja". "Podrán comerlos estén o no ritualmente puros […] pero no comer la vida junto con la carne, la sangre es vida" (Dt 12,13.15.21.25). Una detalladísima legislación clasifica ahora los animales en puros e impuros (Dt 14,3-21). Al mismo tiempo, se deberán cuidar los nidos de

las aves (Dt 22,6-7). Y "si no cumples los preceptos, Dios hará que se repitan sobre ti todas las plagas de Egipto" (Dt 28,58-60).

El código de santidad (Lv 11-20) elabora otro largo discurso sobre animales puros e impuros (11,1-47). El israelita que mate un toro, un cordero o una cabra deberá presentarlos al sacerdote o "será eliminado de entre su pueblo" (17,3-9). Cualquiera del pueblo así sea un extranjero, que coma sangre de un animal "será eliminado" (17,14). Quien se acueste con una esclava destinada a otro hombre, no comprada ni puesta en libertad, está obligado a ofrecer un carnero al sacerdote como sacrificio para que su pecado sea perdonado" (19,20-22). Porque "Yo soy el Señor su Dios que los ha distinguido de otros pueblos para que sean míos, ustedes deben distinguir entre animales puros e impuros" (20,24b-26).

La complicada legislación acerca de la puridad e impuridad de los animales, harto extraña para nuestra mentalidad, tiene que ver no solo con el prolongado conflicto entre sedentarismo y nomadismo sino también con el mayor influjo de la línea jurídica asiria y babilonia sobre la egipcia en las concepciones hebreas. Al fin de cuentas el primitivo Israel quiso alejarse de Egipto en todos los sentidos. Es clásica la dureza de los asirios y babilonios respecto de los animales, mientras la del antiguo Egipto imponía no hacerles mal, pues en la balanza de la entrada en el más allá se incluía el comportamiento humano con ellos, y las mismas bestias podían acusar al difunto (Drewermann, 2013: 39-40). Advirtamos como criterio clave que las ciencias sociales reconocen hoy la deficiencia de una interpretación literal de los textos de tradiciones antiguas cuando no son tomados en el contexto social, psicológico y aun económico que les dio origen.

Es obvio que las fuentes bíblicas no se agotan en la sola Torah, los cinco primeros libros que se ocupan en la primera alianza de la fe de Israel, a la que se remonta por fuerza la propia de los cristianos. Sin embargo, puede notarse que una de las obras sapienciales incluye en dos ocasiones la cotidiana figura del perro, fiel y silencioso compañero del vagabundo Tobías (Tob 6,1; 11, 4c); es el único libro del acervo bíblico de la primera alianza que, sin embargo, explicita su presencia. Pero el literato y filólogo Jean-Francois Haas (2024), invocando las costumbres de la época, la ha extendido a los relatos del paraíso y los primeros patriarcas, hasta llegar a los pastores que acuden a ver al Mesías recién nacido. Una de las parábolas de Jesús, la del rico Epulón, contrastará la vida de éste con la del enfermo y

pobre Lázaro al que "hasta los perros iban a lamerle las heridas" (Lc 16,21b): será la sola referencia de la segunda alianza al animal.

El recorrido precedente quiere mostrar la primigenia importancia para esa fe de la inseparable relación entre los seres humanos y los animales. Sorprende, sin embargo, su ausencia -con posibles excepciones que no conozco- al acudir a una obra en español, notoriamente representativa de la reflexión teológica cristiana y no solo católica romana, a inicios del nuevo siglo (Tamayo, 2005). Era de esperar que las casi mil páginas, que reúnen colaboraciones de 66 teólogos (nueve de ellos son mujeres), se ocuparan de los animales en temas que de alguna manera los afectan como, por ejemplo, la bioética, la espiritualidad, la ética teológica, la interculturalidad, el mito y la desmitologización, la muerte, el símbolo, las nuevas teologías. No hay una temática ni un subtítulo relacionados con el mundo animal. El capítulo "Teologías del siglo XX" ignora la ecología. Ninguno de los autores, varios de fama internacional, la afronta en "Ciencia y religión", ni en "Perspectivas de la teología moral", ni en "Perspectiva de la ética teológica".

Sucede algo similar con un título precedente. A veinte años del Concilio Vaticano II (1982), anunciaban las Ediciones Cristiandad la traducción de un original italiano (1977) (Giuseppe Barbaglio y Stefano Dianich, 1982) en dos tomos, de 1020 y 2015 páginas respectivamente. Ninguno de los acápites de ambos volúmenes alude directamente a los animales. En el tomo I, se ocupa de ellos con señalamientos marginales Giovanni Colombo integrándolos en la generalidad del capítulo "Creación" (: 186-212); no merecen una sola referencia bajo la rúbrica "Hombre" (: 665-90), a obra de Giampiero Bof, aunque el autor aborde categorías como relación, la humana imagen de Dios, la corporeidad y aun la superación del dualismo entre alma y cuerpo; tampoco en el apartado "Humanismo*"* (: 691-714), a cargo del mismo teólogo, quien denuncia los límites del humanismo contemporáneo cuestionando la reacción cristiana frente a él, pero de la imprescindible relación con los animales no se dice una palabra. En el tomo II, de nuevo Bof elabora el título "Mundo" (: 1137-1152) categorizándolo como creación, no cosmos, centrada en el hombre, que al ser criatura da lugar a un mundo humanizado con el que la Iglesia debe ser solidaria, pero una vez más con una palmaria ausencia de los animales; Carlo Maria Martini, redactor del breve apartado "Resurrección" (: 1483-1496), no incluye en ella sus consecuencias sobre el mundo animal; y el larguísimo acápite "Teología" de Cipriano Vagaggini, en su momento miembro

de la Comisión Teológica Internacional de la iglesia católica romana (: 1688-1806), que divide sus 118 páginas en tres amplias partes (premisas; panorama de los grandes modelos históricos de la teología y su quehacer actual; hacia una clave de comprensión de la naturaleza de la teología, de su dinamismo y procedimiento), aborda el antropocentrismo (: 1726.17339) -para él un problema nacido en la cultura contemporánea, no en la teología- pero olvida por completo la mirada sobre los animales tanto en el pasado como en el futuro.

No supera la situación la obra volumétrica italiana (De Fiores, Stefano e Tullo Goffi, 1979), que llega a 1772 páginas: aunque da importancia a la figura del agricultor, al desierto, a la ecología; al tratar esta última, a cargo de Francesco D´Agostino, filósofo del derecho, y Sandro Spinsanti, moralista, se prefiere una generalización (cosmos, naturaleza, ambiente) al simple referirse a los animales; en mínima proporción logra hacerlo el segundo autor, al hablar de Francisco de Asís (: 450) en su elaboración de la "dimensión espiritual". Tampoco va más allá, al menos tras una revisión somera a los índices y excepto algún sucinto apartado, el extenso trabajo editado por César Izquierdo (1999), que suma 750 páginas.

Es diferente en otras lenguas la producción durante los decenios precedentes. Solo algunos ejemplos: Michel Damien, *Gli animali, l´uomo e Dio*, 1987; Piero Stefani, "Etica, religione, animali", 1989; Eugen Drewermann, *Über die Unsterblichkeit der Tiere. Über die Verwandtschaft allen Lebens,* 1993; Paolo de Benedetti, *Gli animali e la Bibbia: i nostri minori fratelli.* 1994; Alberto Bondolfi, *L'homme et l'animal. Dimensions éthiques de leur relation*, 1995.

En definitiva, un somero recorrido que evidencia la persistente antropización del discurso teológico. Que ha comportado "un límite doloroso, un impasse peligroso y deletéreo de la teología cristiana: la suerte de nuestras cocreaturas, los animales" (Drewermann, 2013: 50).

Sin embargo, los animales vuelven a ocupar un papel relevante en la segunda alianza, el Nuevo Testamento. Lo cumplen durante los relatos de la infancia de Jesús. A las ovejas de los pastores llamados a ver al recién nacido, considerados bestias pero con la diferencia de que se podía sacar al animal caído en un pozo pero no a un pastor, según la jurisprudencia de la época (Maggi, 2004: 27), se suman las probables cabalgaduras (¿caballos? ¿camellos?) de los magos, y las tórtolas que en el templo de Jerusalén ofrecen María y José como señal de su pobreza (Lc 2; Mt 2).

Años más tarde, las "bestias salvajes" -según el único evangelista que las incluye (Mc 1,12-13) en un relato asumido por los otros Sinópticos (Mt 4,1ss; Lc 4,1ss)- acompañan a Jesús junto al diablo y los ángeles en el desierto a donde "lo empuja el Espíritu" en los inicios de su misión; animales que, para el caso, son un símbolo de los poderes del mal. Cuando lo encuentra por primera vez, Juan el Bautista lo señala como "el cordero de Dios" y entonces el Espíritu de Dios se posa sobre él "como una paloma" (Mc 1,10). Según el evangelista Juan (2,15), haciéndose un látigo con cuerdas que encontró, expulsa Jesús del templo de Jerusalén a los vendedores de aves y ovejas que promueven el comercio en las relaciones con Dios: el texto explicita que los primeros en sufrir la cólera de Jesús son los animales, símbolo de los sacrificios dirigidos a la divinidad que los devotos confían sean retribuidos por ella (Mt 21, 12 y Mc 11,15; Lc 19,45 excluye a los animales). El cordero retorna a la escena cuando Jesús lo come con sus discípulos en la víspera de la pascua hebrea "antes de mi muerte" (Jn 22,15), pronosticando que "el pastor de las ovejas será herido" y estas dispersadas (Mt 26,31). Nótese que, a diferencia de Juan, los tres Sinópticos ubican esa cena en la fecha tradicional de la pascua.

Jesús de Nazaret, "el poeta de la compasión", ha seducido con sus parábolas que muestran la inmensa compasión de Dios y que la vida es más que lo que alcanza a verse (Pagola, 125-164). Reconociendo que los evangelistas reportan metáforas y actitudes de Jesús que tienen que ver sobre todo con el mundo vegetal, en las parábolas los animales ocupan un lugar significativo. Compara Jesús su misión con la del pastor hermoso, uno que la cumple a cabalidad y por eso atrae a su rebaño a los creyentes como seres cuidados con fina delicadeza (Mt 18,12-14; Lc 15,3-7). En la llamada parábola del juicio final, los presentes son ordenados en grupos de cabras y ovejas a los que corresponde un distinto veredicto (Mt 25,31-46). Existe el padre misericordioso que manda cocinar un becerro para el hijo pródigo y su hermano, cuando el primero vuelve al hogar (Lc 15,20-24). Y no falta el invitado a la cena que, preparada por el mismo señor de la casa como prefiguración del reino de los cielos, se disculpa con la "compra de cinco pares de bueyes" para negarse a ella (Lc 14,19).

Bellamente, aunque no figuran en el relato evangélico, además de los ineludibles caballos de los soldados romano, más de un pintor medieval y renacentista diseña un gato o un perro solitarios en las escenas de la crucifixión. Ambos animales, o al menos uno de ellos,

suelen figurar en las pinturas y frescos que escenifican la última comida de Jesús con sus discípulos: símbolo de fidelidad el perro, y de traición el felino. Ya el arte cristiano de los primeros siglos había simbolizado la pasión y muerte de Jesús en el pelícano que se perfora el pecho con el pico para alimentar a sus crías en tiempos de hambre y sequía, aunque el código de santidad lo hubiese incluido entre los animales impuros (Lv 11,18). En el episodio de la negación de Pedro cuando Jesús es conducido a casa del sumo sacerdote, el evangelista (Mc 14, 30.68b.72) incluye la figura del gallo, símbolo de la inteligencia de Dios (Job 38,36), que, "como el Mesías, anuncia" con su canto "el día que sucede a la noche" (Chevalier & Gheerbrant, 1986: 522).

Los textos bíblicos muestran pues tanto el amor de Dios por los animales como la capacidad de estos de conocerlo, a su manera (Schroer, 2022: 71-83). Y a menos que la dignidad sea un recurso limitado, bien puede pensarse en que ella también exista para los animales no humanos. Estos son seres únicos, como lo son también los animales humanos por sus específicas maneras de relacionarse (Adam, 2022: 98-110). Lo testimonia, en ámbito católico y ortodoxo, la veneración popular por los santos protectores de los animales: entre ellos, san Antonio abate (251-356 d.C.), el famoso fundador del monaquismo cristiano en territorio del antiguo Egipto, de quien solo conocen sus devotos el cuidado por el cerdo que lo acompaña en las pinturas e imágenes que lo representan[2]. De hecho, fue en la edad media cuando los Antonianos, una orden monástica-militar hospitalaria heredera de sus enseñanzas, adjuntó a la imagen del santo la pequeña bestia, por el interés que tenían estos monjes en su grasa con la que preparaban cierta mezcla para sanar heridas.

Además del poeta vasco-francés Francis Jammes (1868-1938), del dramaturgo y novelista austríaco de origen hebreo Franz Werfel (1890-1945), y en manera muy singular del poeta andaluz Juan Ramón Jiménez (1881-1958), no es entonces de extrañar que haya sido un teólogo cristiano quien, sumado a la convicción de sus colegas estudiosos acerca de la inmortalidad de los animales, la haya interpretado en términos cristianos, sosteniendo su resurrección. "La inmortalidad se atribuye solo al hombre, y los animales "privados de razón" no son más que seres perecederos", según él. Sucesivamente afirma que "la doctrina cristiana de la resurrección ha hecho de la existencia humana algo precioso", un resultado que está basado sobre un fundamento en esencia filosófico, "obtenido a un precio insostenible": la

resurrección "vale en exclusiva para los seres humanos y esa consideración absoluta del hombre se basa sobre el desprecio respecto de todas las otras criaturas vivientes" (Drewermann, 2013: 21). Razón tenía Pablo de Tarso cuando afirmó en su magna carta a los cristianos de Roma que es "el Espíritu de Dios el que nos da la vida" pues "la creación entera espera con gran impaciencia […] que se manifieste con claridad que somos hijos de Dios", por eso "se queja y sufre con dolores de parto" y con ella "todos nosotros" (Rm 8.19-22).

3. El asno o la terquedad en el servicio

Son los cerdos los que dirigen desde el comienzo a los animales en la narración creada por George Orwell (1947), y terminan por dominarlos pues al final el gestor humano y el Viejo Mayor, un cerdo, no distinguen ya entre los cerdos y los hombres después de que aquellos han ido poco a poco asemejándose a estos. El asno Benjamín, como buen cínico, había escondido su individualismo tras la afirmación repetida de que ninguno de los presentes ha visto nunca un asno muerto pues tiene una larga vida (: 35) y, capaz de escribir, se había negado siempre a hacerlo (: 136). El relato le reserva la misión de resignarse a leer para todos el único mandamiento que, de siete iniciales, ha sobrevivido: "Todos los animales son iguales", incluida la oportuna glosa "pero algunos son más iguales que los otros" (Orwell, 2019: 124). Resulta notable por cierto su fidelidad al viejo caballo Gondrano por cuya salvación luchará sin lograrla (Ibid., 113-114).

El asno es, sin embargo, una figura simbólica ambivalente. El onagro, un asno silvestre, se utiliza como auténtica máquina de guerra (Moliner, 1979: 564; Chevalier & Gheerbrant, 1986: 146). Si del asna ha sido subrayada su humildad, otro tanto se ha hecho con la humillación del rucho, el pollino o asno joven así llamado en algunos países latinoamericanos. Será en los cultos griegos de Apolo un animal sagrado, aunque el mismo dios impondrá unas orejas de burro al rey Midas que ha preferido la seducción sensible de la flauta de Pan a la música del templo de Delfos, creadora de la armonía espiritual (Chevalier & Gheerbrant, 1986: 146). El antiguo Egipto, que cree en la inmortalidad de los animales, entierra los difuntos con alguno o varios de ellos, y el asno es cercano al maligno Seth, subterráneo, deidad de la fuerza bruta, de la sequía y la desertificación (Drewermann, 2013: 39).

En la orgía nocturna de hadas y seres semi visibles con la diosa Diana hay mucha especie de animales, pero no está presente el asno (De Angelis, 378), y por eso la brujería medieval y romántica nada tiene que ver con él mientras en ella abundan sobre todo pájaros, junto a varios mamíferos. Un dato éste que explicaría el por qué en el renacimiento sea el asno un símbolo de desaliento espiritual, de pereza, de estupidez, de incompetencia, y aun de obediencia ignorante (Chevalier & Gheerbrant, 146). Una herencia del mundo romano en el que cierto cultor de la retórica, Lucio Apuleyo (125-170 d.C.), ridiculiza a un imaginario homónimo que busca *El asno de oro* a través de sus experimentos de magia, aunque sea él mismo quien resulte por accidente convertido en asno; pero la hermosa oración con la que el mago invoca a la diosa naturaleza llegará a ser conocida por algunos de los sanadores medievales (De Angelis, 2016: 459). Ya en área cristiana, del siglo XIII conocemos hoy la música de la misa del asno, que al inicio era la conmemoración de la entrada de Jesús a Jerusalén sentado en un borrico, para transformarse en una burlona parodia elaborada por miembros del bajo clero medieval.

Como acontecía con los animales en general, la primera alianza bíblica resalta en más de una ocasión la figura del asno, que empieza a ser recurrente en las narraciones de épocas matriarcales y patriarcales, no antes. El faraón egipcio dará a Abram "asnos y asnas, esclavos y esclavas" -nótese de nuevo la precedencia de los animales- para que se quede a vivir en Egipto cuando este llega con Sarai (Gn 12,16). La clásica traducción que, al narrar la bendición en el desierto por obra de un ángel del hijo de la esclava Agar, Ismael, lo describe "como un potro salvaje" (Gn 16,12), resulta más significativa al asemejarlo a "un asno salvaje", "no un esclavo sino un hombre libre, no un asno domesticado sino un onagro salvaje, en lucha con todos, pero libre" (1Mello, 2023: 21). El asno coopera además, silenciosamente, al frustrado sacrificio de Isaac, aunque solo llegando hasta el pie del monte (Gn 22,1-5).

Cuando se describen las riquezas de Jacob se dice de él que "explotó muchísimo" pues ha llegado a poseer abundante variedad de animales, asnos entre ellos (Gn 30,43). Lo confirmará más tarde él mismo, enumerando primero los asnos que los esclavos y esclavas (Gn 32,7), y haciendo enseguida un don -algo sagrado, que según el idioma de la época se hace solo a la divinidad- de veinte asnas y diez asnos a su hermano Esaú cuando busca reconciliarse con él (Gn 32,15).

Cabalgadura de honor era el asna en tiempos de un personaje extraño a Israel, Balaam, encargado por Dios de oponerse al rey moabita que quiere lograr de él una maldición contra el pueblo recién llegado de Egipto a sus tierras. Balaam la cabalga junto a los enviados del soberano, pero la golpea porque el asna esquiva tres veces al ángel del Señor, que otras tantas aparecen en medio del camino espada en mano. De repente el jumento protesta: "Van tres veces que me pegas […] nunca has actuado así conmigo". El ángel lo defiende y asegura a Balaam que, si bien su viaje le disgusta, la acción de la bestia ha evitado que lo matara, "aunque a ella la habría dejado con vida" (Nm 22,5-35). Una lectura, la del sugerente opúsculo de Paolo de Benedetti (1999), que despierta una inevitable simpatía por el noble animal.

Tanto el código de la Alianza como el Deuteronómico se valen del asno para refrendar el segundo mandamiento del Decálogo. El israelita deberá reconducir el asno perdido que pertenece al enemigo, y aun unirse a él para aligerarle la carga que lo oprime (Ex 23,4-5). Y si lo ve caído por el camino no podrá ignorarlo, estará obligado a ayudar al opositor a ponerlo en pie (Dt 22,4).

El discutido Sansón, último de los doce jueces de Israel, nacido en la tribu de Dan pero enemistado con la de Judá, acepta ser entregado por estos a los filisteos, que buscaban dominar a los israelitas. Sansón, fuerte como ninguno, rompe sus ataduras y ataca a los filisteos gritando: "Con la quijada de un asno ("que aún no estaba reseca", precisa el texto) hice uno y dos montones, con la quijada de un asno a mil hombres maté" (Jc 15, 9-16).

Sirven de pretexto narrativo para el primer encuentro de Saúl, futuro rey de Israel, con el profeta Samuel, unas asnas extraviadas que pertenecen a Cis, padre de aquel. Las busca el hijo en muchos sitios, pero no las halla. Aconsejado por otros, recurre al "vidente" que se le recomienda. Cuando finalmente llega ante él, Samuel sabe, porque Dios se lo ha revelado, que Saúl "gobernará a su pueblo" y empieza por tranquilizarlo asegurándole que las asnas perdidas tres días atrás están ya a buen seguro (1S 9,1-20). El autor bíblico subraya la pequeñez de la tribu de Benjamín, la menor de las doce, a la que pertenece Saúl, y la contrasta con la supuesta insignificancia de unas asnas desorientadas.

Aunque es innegable la opción del Dios bíblico por los animales, en particular por los más débiles de entre ellos, es curioso que el asno ocupe un espacio ínfimo en los relatos evangélicos y en el resto de la segunda alianza. La experiencia campesina de Francisco de

Asís incluyó una mula junto al buey en el nacimiento de Jesús, y la espiritualidad franciscana hizo viajar a María rumbo a Egipto en otra similar. Con todo, solo en dos ocasiones parece dar la segunda alianza cierta importancia a la figura del asno. Una, cuando Jesús desafía al jefe de una sinagoga escandalizado porque ha curado en sábado una enferma considerada impura; trata de "hipócrita" al dirigente porque, así sea en sábado, es capaz de soltar su asno (o su buey) para que vaya a abrevarse (Lc 13, 15). Otra, cuando Jesús mismo manda buscar un pollino para cabalgarlo al entrar a Jerusalén y es loado por la gente del pueblo (Mc 11, 1-11; Mt 21, 1-11; Lc 19, 28-40; Jn 19, 28-40). Según Mateo, Jesús manda traer un asna y su pollino; para Lucas, se trata de un animal que nadie ha montado antes; en Juan, Jesús lo encuentra al entrar a la ciudad y lo monta, un símbolo en el que la exégesis ha reconocido su identificación con el Mesías davídico (Chevalier & Gheerbrant, 1986: 147).

Si bien se percibe en la literatura cierta abundancia de textos más o menos breves o largos acerca del asno, traigo a colación solo algunos entre el siglo XX y el XXI. El poeta vasco francés Francis Jammes (1868-1938), cuya obra fue galardonada por la Academia Francesa, escribió *Paraíso de los animales*, que incluye la bella "Oración para ir al paraíso con los asnos", un diálogo para entrar junto a ellos en la vida eterna: "Dios mío […] haz que, asomado donde moran las almas, / en las divinas aguas sea igual que los burros / reflejando su humilde y apacible pobreza" (Drewermann, 2013: 42-43*)*.

El dramaturgo austrocheco Franz Werfel (1967) añadirá en sus *Odas de las pequeñas bestias sufrientes*: "Si un día mi alma no será más que memoria, quiero llevarlas ambas delante de nuestro Creador" (Drewermann, 2013: 45).

El nobel español Juan Ramón Jiménez (1881-1958) creará la *Elegía andaluza* (1914-1917) sobre la vida y muerte de su burro Platero, al que desde la primera página describe "tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos" pues cuando lo llama por su nombre "viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe..." (Jiménez, 6).

Un peculiar y a la vez admirado literato, el argentino Jorge Luis Borges (1889-1996), dedicará alguna página de *El libro de los seres imaginarios* (1957)[3], Editado al inicio con el título *Manual de zoología fantástica,* a "El asno de tres patas". Se trata del muy curioso personaje nacido en la cosmología de los escritos hoy sobrevivientes del iraní Zaratustra (entre los siglos XVIII y XV a.C.), según los cuales la extraña criatura reside en la mitad del

océano con sus tres cascos, seis ojos, nueve bocas, dos orejas y un cuerno, además consume alimento espiritual y produce ámbar como estiércol. Llegará a ser un monstruo benéfico en la mitología mazdeísta.

Animal entrañable para los pobladores de los típicos caseríos caribeños donde se desarrollan la mayoría de sus relatos, 777 títulos de una vastísima producción, el burro ocupa sin embargo un modesto lugar en la totalidad de los escritos del nobel colombiano Gabriel García Márquez. Su bestiario es tan fabuloso que un estudioso de la entera obra habla de una "obsesión por el mundo animal" pues "el determinismo biográfico llevó al escritor, nacido en un pueblecito colombiano, a integrar en su imaginación la convivencia de los hombres y de los animales, inevitable en una sociedad rural" (Joset, 1974: 86).

En tiempos recientes, los de la pandemia de inicios del último decenio, cierto misterioso piamontés de origen griego, asumiendo el pseudónimo de Filelfo (2020), el humanista italiano del siglo XV, ha creado una fábula que pone en acción cierta cantidad de animales. Reunidos en asamblea, buscan solucionar el problema de la epidemia que se cierne sobre ellos y los seres humanos. Su primera opción será la recolección de la comida que empieza a escasear. El burro aparece indeciso en un primer momento para aportar una solución que juzga necesaria, pero poco a poco, trabajador incansable, se revela interesado y además solidario, a diferencia de otros colegas.

¿Podría uno pensar que el asno resulta entonces una especie de docto ignorante porque su parsimonioso proceder y su tenacidad superan, en ocasiones con creces, la violencia de ciertos seres humanos? Quizá por ese motivo en plena primavera, una semana después de la fiesta del trabajo, el 8 de mayo, celebramos la Jornada mundial del asno, "el animal que enseña la lentitud" (Randone, 2023). Una recurrencia anual que, como muchas otras, es ignorada en la mayoría de los países.

A manera de conclusión

Parece obvio, y más para la racionalidad occidental, que no sea lícito incluir a los animales entre los doctos ignorantes: porque la docta ignorancia, en sentido estricto, sabe que no sabe y lo sabe con total certidumbre. Algo existe en esos seres animados, pero sin alma según la filosofía y teología tradicionales, que genera en sus colegas los humanos actitudes y decisiones que, a mi parecer, revelan dimensiones desconocidas para la mayoría de nosotros.

¿Quizás habita de alguna forma el espíritu en ellos? Al fin de cuentas nos enseñan algo, son doctos: *docent*, dirían los antiguos romanos.

Sabía que no sabía el porqué, y lo sabía con certeza, el niño de cinco años que, junto con su padre y su abuela, decidió morir abrazado a su perro al incendiarse su propia casa en un pueblo de Alicante, Villajoyosa, a inicios del pasado marzo (Santos Suero, 2024).

Quizá no sabía a cabalidad el porqué de su espanto el colectivo italiano que, ante el "autismo moral, el egocentrismo específico que lleva a muchos a negar el derecho de los animales a la vida y a la libertad", supo con total certeza lo que hacía al pedir que se asignara un premio nobel especial a los animales (La Zampa, 2015).

Pero saben por cierto el porqué, y lo saben con total certeza, los pobladores originarios de la Laponia, un extenso territorio de 350.000 quilómetros, pero escasamente habitado, que cubre posesiones de Suecia, Finlandia, Noruega y Rusia hasta el mar Báltico. Los samis, a quienes muchos suecos niegan su etnia llamándolos con desprecio lapones, cuidan sus renos como nosotros lo hacemos con los ganados, solo que ellos con un diverso y agudo sentido comunitario. Tienen una particularidad en la relación con los hatos: no los consideran propiedad suya sino solo tomados en préstamo. Pero la violencia causada por la invasión de la gran industria mata los animales e induce al suicidio de los jóvenes samis que los crían.

Con seguridad no sabía el por qué, pero confesaba también un impermeable antropocentrismo, rayano en un elemental desconocimiento de la realidad, Francesco Lollobrigida (2024), el actual ministro italiano para la agricultura, la soberanía alimenticia y los bosques, que poco tiempo atrás aseveraba en un debate público: "El hombre es el único ser sensitivo". E insistía: "No existen otros como él" (s.n., 2024).

Parafraseo a Francisco de Asís (s.f.: 171): "y entonces el hombre es súbdito y sometido / a todos los hombres que están en el mundo / y no solo a los hombres / sino también a todas las bestias y a las fieras […]". No puede ser mayor el contraste entre la reforma franciscana, la de quien de sí mismo afirmó ante sus frailes "ignorans sum et idiota" (soy ignorante e iletrado), y la evangelización cristiana de muchos siglos que, muy a su pesar, cambió el sentido de la animalidad por querer acabar con las creencias paganas de la naturaleza. Afirma De Angelis (2016: 406): "La Iglesia reconoció el poder de las antiguas creencias populares y, como regente no de la fe sino de una religión antagonista, asumió las antiguas creencias y la religión de la Gran Diosa (¡la Naturaleza!) en la propia demonología;

la retuvo tan peligrosa para la propia estructura jerárquica y de poder que la cargó de valencias negativas para justificar su anonadamiento". Aclaro que la expresión del paréntesis es mía, y que puede discutirse el motivo esgrimido en su texto por la autora, pero no el hecho histórico.

En cambio, Francisco aprendía, probablemente de la sabiduría hebrea del Talmud, que "Quien quiera que sea misericordioso con las criaturas, ese pertenece con seguridad a la estirpe de Abraham" (1Mello, 2023: 148). A condición de que el orgulloso occidental, y con él la teología, logre abrirse al menos a la nesciencia (Chevalier & Gheerbrant, 1986: 11), a la posibilidad de que cuanto sabemos sobre los animales sea tan solo un no saber.

Referencias bibliográficas

Abraham, S. & G. L. De Mori & S. Knauss (eds.). (2022). "Animali e teologie". *Concilium* 397/16.

Adam, M.B. (2022). "La fine del consumo. Una speranza escatologica per gli animali umani e quelli di allevamento". Concilium 397/16: 98-110.

Barbaglio, G. & S. Dianich (dir.). (1982). Nuevo diccionario de teología (Vol. I: Antiguo Testamento – Mariología. Vol. II: Matrimonio – Unción). Madrid: Cristiandad, 1982.

Benedicto XVI. (2009). "Carta encíclica Caritas in veritate del sumo pontífice Benedicto XVI a todos los hombres de buena voluntad sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad". https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate.html

Bethencourt, F. (2017). Razzismi. Dalle crociate al XXI secolo. Bologna: Il Mulino.

Bianchi, E.& P. Chiaranz & A-L. Michon (2011). Uomini e animali. Bose (Biella): Qiqajon.

Bondolfi, A. (1995). L'homme et l'animal. Dimensions éthiques de leur relation. Fribourg: Éditions Universitaires.

Bonomi, L. (2012). L´asino di Gesù e altri animali della Bibbia. Milano: Ancora.

Borges, J. L. (1976). Obras completas (vol. II: 1952-1972). Buenos Aires: Emecé.

Borges, J. L. (1982). “El asno de tres patas”. En: El libro de los seres imaginarios. Barcelona: Bruguera. https://es.scribd.com/document/483878975/110-EL-ASNO-DE-TRES-PATAS-pdf

Borges, J. L. (2007). Obras completas (vol. IV: 1975-1988). Buenos Aires: Emecé.

Cassingena-Trévedy, F. & F. Cheng (2021). Volti della belleza. Bose (Biella): Qiqajon.

Chevalier, J. & A. Gheerbrant (1986). Diccionario de los símbolos. Barcelona: Herder.

Damien, M. (1987). Gli animali, l´uomo e Dio. Casale Monferrato: Piemme.

De Angelis, V. (2016). Le streghe son tornate. Milano: Piemme.

De Benedetti, P. (1994). Gli animali e la Bibbia: i nostri minori fratelli. Roma: Garamond.

De Benedetti, P. (1999). E l´asina disse. L´uomo e l´animale secondo la sapienza di Israele. Bose (Biella): Qiqajon.

De Fiores, S. & Tullo Goffi (eds.). (1979). Nuovo dizionario di spiritualità. Roma: Paoline.

Deneb, L. (2001). Diccionario de símbolos. Selección temática de los símbolos más universales. Madrid: Biblioteca Nueva.

Drewermann, E. (2013). Sull´immortalità degli animali. Roma: Castelvecchi.

Elichaj, J. (2015). Ebrei e cristiani. Dal pregiudizio al dialogo. Bose (Biella): Qiqajon, 2015.

Filelfo (2020). L´assemblea degli animali. Torino: Einaudi.

Francisco. (2015). “Carta encíclica Laudato si´ del santo padre Francisco sobre el cuidado de la casa común”. https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

Francesco d´Assisi (s.f.). “Cantico di frate Sole”; “Saluto alle virtù”. En Fonti francescane, Nuova edizione (2004). Padova: Francescane: 169-171; 179-181.

Franck, B. (1994). Diccionario de la Nueva Era. Estella (Navarra): Verbo Divino.

Gáfaro Reyes, A. (2002). Mitos clásicos. Dioses, hechos y héroes de la mitología griega. Bogotá: Intermedio.

García Márquez, G. “777 títulos para Gabriel Garcia Marquez". https://www.todostuslibros.com/autor/gabriel-garcia-marquez

Garibay, Á. M. (2000). Mitología griega. Dioses y héroes. Mexico: Porrúa.

Haas, J.-F. (2024). Moi, chien de Tobie, vagabond dans la Bible, Paris: Cerf.

Horstmann, S. (2022). “El sentido de la vida animal: entre enfoques objetivadores y subjetivadores en la filosofía y en la ética animal”. Concilium 397: 30-42.

Izquierdo, C. (ed.). (1999). Teología fundamental. Temas y propuestas para el nuevo milenio. Bilbao: Desclée de Brouwer.

Jammes, F. (2018). Il paradiso degli animali. En Drewermann, Sull´immortalità degli animali, 42-43. https://elbosquesilencioso.com/2018/04/30/oracion-para-ir-al-paraiso- con-los-burros-francis-jammes/

Jiménez, J. R. (1917). Platero y yo. Elegía andaluza. Madrid: Cátedra.

Joset, J. (1974). “El bestiario de Gabriel García Márquez”. Nueva revista de filología hispánica XXIII: 65-87. https//: admin+art.+3+JACQUES+JOSET.pdf

La Zampa (2015). //www.lastampa.it/la-zampa/2015/09/05/news/assegnate_un_premio_nobel_speciale_agli_animali_-367791129/La Stampa.2015.

Mackinnon, J.B. (2024). “Dalla parte dei ratti”. Internazionale 1559: 62-68.

Maggi, A. (2004). Come leggere il Vangelo (e non perdere la fede). Assisi: Citadella.

Mainardi, D. (2001). L´animale irrazionale: l´uomo, la natura e i limiti della ragione. Milano: Mondadori.

Mainardi, D. (2006). Nella mente degli animali. Milano: Cairo, 2006.

Mainardi, D. (2015). L´uomo e altri animali. Milano: Cairo.

1Mello, A. (2023). Il Dio di Abramo. Riflessioni sulla Genesi. Milano: Terra Santa,

2Mello, A. (2023). Il Dio degli ebrei. Riflessioni sull´Esodo. Milano: Terra Santa.

Moliner, M. (1979). Diccionario de uso del español (A-G). Madrid: Gredos.

Naconecy, C. (2022). “La ética del entretenimiento con animales: zoológicos, circos, deportes y mascotas”. Concilium 397: 43-54.

Ortese, A. M. (2016). Le piccole persone. In difesa degli animali e altri scritti., Milano: Adelphi.

Orwell, George (2019). La fattoria degli animali. Milano: Mondadori.

Pagola, J. A. (2013). Jesús. Aproximación histórica. Buenos Aires: PPC.

Randone, V. (2023). https://www.lastampa.it/lazampa/2023/05/08/news/8_maggio_giornata_mondiale_dellasino_lanimale_che_insegna_la_lentezza-399168089/

Santos Suero, M. P. https://www.religiondigit al.org/opinion/Abrazado-perro-via-crucis-ninos_0_2649934988.html.10.03.2024

Schroer, S. (2022). “Il mondo animale nella tradizione anticotestamentaria”. Concilium 392 : 71-83.

Shah, S. (2023) “Conversazioni animali”. Internazionale 1536: 48-55. https://www.internazionale.it/magazine/sonia-shah/2023/11/01/conversazioni-animali

Sociedades Bíblicas Unidas. Consejo Episcopal Latinoamericano (1994). La Biblia de estudio. Dios habla hoy.

Spence, L. (1997). Introducción a la mitología. Madrid: M.E.Editores.

(S.N.). (2024). https://www.ilfattoquotidiano.it/2024/04/27/lollobrigida-luomo-e-lunico-essere- senziente-non-ce-ne-sono-altri-animali-e-piante-sono-importanti-ma-luomo-e-una-cosa- diversa/7528289/

Stefani, P. (1989). “Etica, religione, animali”. Il Regno 34/10: 282-284.

Tamayo, J.J. (2005). Nuevo diccionario de teología. Madrid: Trotta.

Ypi, L. (2024). “Bisogna sempre avere speranza”. Internazionale 1544: 34.

Tejedor, J. M. (2023). “Corporeidad, prolepsis y dignidad. Un estudio no especista de la dignidad humana y el valor animal”. Humanidades Montevideo 14. https://doi.org/10.25185/14.9

White, L.T. Jr. (2019). Les racines historiques de nôtre crise écologique. Paris: PUF. https://www.science.org/doi/10.1126/science.155.3767.1203